

Discurso - Contestación

del Académico numerario

Don Emilio García Rodríguez

La fervorosa oración que acabáis de exaltar en aplauso entusiasta, parece aromar el áureo trigal de Castilla con suave perfume de jardín almeriense, y Toledo responde a la gentil ofrenda con la austera gratitud de su espíritu, que quisiera condensar en mis palabras unidas de sincero cariño y hermandad emocionada.

Con la sencillez que genera los hechos que más vivamente han de impresionarnos, sentí el placer de iniciar, en días lejanos, mi amistad con el profesor Téllez, sin sospechar que más tarde la intensa poesía de la Ciudad Imperial, los secretos de sus piedras venerables santificadas por el arte, la tradición y la leyenda y el apagado brillo de los tapices labrados por la Historia, habrían de unir nuestros anhelos y tener el honor de recibirle como Académico en la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Entre el silencio melódico del pasado, donde el águila imperial detuvo la gloria de su vuelo, fué la savia vieja encerrada en búcaros de hoy, símbolo de nuestra comunidad sentimental, y el suspiro árabe silencioso y nostálgico, que sueña en noches de abril plateadas de luna, el recuerdo añorante de su tierra nativa que enlaza dulcemente al profesor Téllez con la ciudad cesárea.

Ritmos marineros acarician su mocedad, que se desgrana en el Instituto Nacional y Técnico de Almería y Escuela Normal de Málaga, y cuando recibe el título que ha de facultarle para educar a la juventud de España, un breve aleteo de gaviotas sobre espumas latinas despiertan su grácil sensibilidad, que florece inquieta en la conmemoración del descubrimiento de América, organizada por la Real Academia de Dicción, Declamación y Cultura Literaria de su ciudad natal, para cantar como alumno la gesta inmortal de la Hispanidad.

En ansia constante de superación que el sol mediterráneo

envuelve en llamaradas, el nuevo académico se traslada a Madrid para continuar sus estudios filosóficos en la Universidad Central, al mismo tiempo que ingresa por oposición en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Con su tesis sobre la filosofía de Gracián, consigue el grado normal de su profesión, y las aulas de la Facultad de Derecho, acogen al profesor Téllez, que aún complementa su recia cultura en el Instituto Nacional de Sordomudos y Ciegos, investigando sobre anormales y disártricos.

Viene a Toledo para regir la cátedra de Pedagogía en la Escuela Normal de la Imperial Ciudad y al mágico conjuro de su templo primado, candente melodía de encajes en piedra y cristal que flamea como un arabesco; el nuevo académico olvida su toga de jurista, volviendo a la senda educadora, y esta nueva fase es recogida por su trabajo en *Nuestros Libros Viejos: Ideas didácticas de Villalón*; *Viaje de Turquía*, publicado en la *Revista de Segunda Enseñanza* y su *Guía de la Lectura del Quijote* y su *Valor Educativo*, que emocionan a un viejo maestro y plasman su intervención en cuantas Fiestas del Libro celebra Toledo, no sólo en el Centro donde el profesor Téllez presta sus servicios, sino en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y en el Colegio de Huérfanos de la Oficialidad de Infantería, en el que entra mediante concurso, para explicar Historia natural, Fisiología e Higiene, Psicología, Lógica, Ética y Rudimentos de Derecho, Historia General de la Literatura y preparar a los futuros peritos agrícolas.

Atendiendo a los ruegos del Claustro Universitario de Madrid, el nuevo académico inicia los estudios de la Facultad de Ciencias entre el afecto de los catedráticos Barras de Aragón y Blanco, que le dedican sus libros «*Notas para un Curso de Antropología*» y «*Tratado Elemental de Lengua Castellana*»; pero ya el encanto de la Ciudad Imperial había embrujado su espíritu, y en las actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, aparece, junto con sus observaciones sobre *Prácticas de las Hojas de Mónaco y Ginebra*, *El Plano de Toledo* como *Fenómeno Biológico*, donde descubre a la Imperial Ciudad en la resultante armónica de un sentimiento bruscamente interrumpido por un colapso de su Historia, lejos del frío cálculo que representa el urbanismo moderno.

El profesor Téllez abandona la Universidad Central con el dolor

de dejarla invadida por las avanzadas de la revolución roja, y al regresar a Toledo, presente en su Catedral un himno de dulces y violentas voces, que aún se estremece con rumores de taller; quiere gustar entonces los secretos de viejas artesanías y entra en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, convirtiéndose en alumno perpetuo.

Mientras tanto, la revista del Colegio de María Cristina recoge los consejos que el nuevo académico dedica a sus discípulos bajo el título de *Laborad*; la estampa literaria de la *Ciudad Imperial*, Desde San Cristóbal; el estudio sobre las puertas de Toledo, que engalana con grabados originales; Toledo en la *Literatura Castellana*, y prolongando la labor de la pluma con el pincel, crea con espontánea sensibilidad de poeta y acorde improvisado de bordón gitano, sus cuadros *El Tajo en San Martín*, *Santa Isabel de Toledo* y *San Servando y el Tajo*, que ensalza la «*Revista Moderna Ilustrada de las Artes y de la Vida*», editada en París.

El grito de cruzada que recordó en nuestro tiempo el romance nacido en Covadonga, sorprende al profesor Téllez en una de sus peregrinaciones sentimentales por España; el claustro de catedráticos en Peñaranda de Bracamonte, le designa para formar parte del tribunal de exámenes de su Sección de Letras como auxiliar de idiomas en el Instituto de Segunda Enseñanza de la *Imperial Ciudad*, y liberado Toledo, populariza en el diario «*Imperio*» el pseudónimo Germán González, con su *Escuela Hispánica*; el de Luis Alvarez, con sus artículos económicos; anónimamente en la *Semana en el Frente*, y Javier y Félix Camacho, con la *Autoridad*, la *Horda* y el *Alzamiento* ha dado fuerza a España, que la «*Hoja Oficial del Lunes*» publica entre el fragor victorioso de la *Ciudad Imperial*, fronteriza del campo rojo.

No olvida su abolengo del Sur el nuevo académico con su admirable disertación en el homenaje que Toledo rinde a Marruecos, y cuando la Escuela de Artes y Oficios Artísticos le encarga temporalmente de la Biblioteca y cátedra de Historia del Arte, sus trabajos sobre Juanelo Turriano, el Greco, los Leoni, Andino, Céspedes, Villalpando y Juan de Herrera, aparecidos en el diario «*El Alcázar*», señalan el camino luminoso que finalizará en la Corporación Académica de la *Imperial Ciudad*; pero su obra inédita, trabajosamente elaborada en largos años de análisis profundo, es un ensayo de sistematización de la etimología castellana, con sus

influencias greco-latinas, orientales, germánicas y coloniales, que le acreditan como docto investigador del léxico hispánico.

En un ambiente de misticismo, paz y amor, sobre el cantar de gesta de nuestro Alcázar, que un día pareció guardar susurros de intriga florentina; entre la sonrisa pagana de Santa Cruz de Mendoza, diluída en los encajes que labraron los cinceles y el poema caballeresco de San Juan de los Reyes, el profesor Téllez sintió la sensualidad de la guitarra rimando con la campana conventual que llama a maitines, y al revelarse su estirpe nativa, injertada en Castilla, comienza a deshojar con su discurso el Estilo Mudéjar Toledano, la rosa temprana de sus años mozos, que florece en Toledo.

Impregnada de esencias moriscas, la musa anónima del pueblo recoge la tierra humilde para hacerla triunfar con resplandores de gemas al conjuro del arte mudéjar, y conseguido el ensueño, su floración estética no se manifiesta con la misma intensidad en todas las regiones de España, y así, mientras un viaje al Monasterio de Guadalupe representa, según la frese de Bartaux, una excursión a Oriente y en Castilla las aportaciones árabes aparecen cubiertas por el áurea ascética del Romancero, Toledo recoge estas dos tendencias y fundiéndolas origina un arte típico, embellecido por la gracia de sus atauriques.

El solar imperial está sembrado de monumentos mudéjares, facetados como joyeles, en los que plasmaron sus alarifes al entusiasmo divino de su arte, y no contentos con cubrir a Toledo con las ricas modalidades estéticas que ellos crearon, pasan a las más variadas tierras, donde engalanan con su genio suntuario castillos y monasterios, los dos factores que rigen nuestra Historia durante la Edad Media Española.

Con la derrota de las huestes de Rodrigo se derrumba el poderío visigodo y un nuevo factor interviene en el arte y en la vida social de España: el árabe. Cuando los musulmanes llegan a nuestro suelo, Europa pasa un período de atonía estética, los invasores no habían definido su arte; por ello el monumento hispano-árabe más admirable de la Península, la maravillosa mezquita de Córdoba, es preciso considerarla como producción española.

Abderrahmán III en el siglo X logra independizarse de los califas de Damasco y entonces tiene lugar uno de los momentos más interesantes de nuestra Historia, porque el califato oriental se

encontraba en decadencia, el occidente europeo seguía dominado por los bárbaros, y únicamente Bizancio y Córdoba extendían por el mundo la luz de su cultura.

En la ciudad andaluza el arte árabe florece como en su tierra de origen y fija las normas por las que han de regirse las manifestaciones estéticas árabes occidentales. En la misma época que la Mezquita se eleva el palacio de Medina-Azahara como un alcázar de las mil y una noches, magníficas ruinas hoy que señalan el enorme desarrollo del arte cordobés.

Caído el califato y formados los reinos de Taifas, el arte árabe español sigue su marcha ascensional, y, uniendo con la mezquita toledana de Cristo de la Luz el arte árabe español del Sur con el del Norte, despliega su riqueza extraordinaria en el destrozado palacio de la Aljafería de Zaragoza, logrado entre un verdadero barroquismo ornamental.

A partir de este momento, el arte árabe español manifiesta una decoración más dulce, y pasando por Santa María la Blanca de Toledo, se llega a los ensueños granadinos, donde labran la Alhambra y el Generalife, maravillosos alcázares forjados por la fantástica imaginación oriental con todos los colores del iris, entre la molicie y el lujo de la dinastía nazarita.

Una vez esmaltado nuestro suelo con su extraordinaria riqueza, las manifestaciones artísticas hispano-árabes extienden su radio de acción fuera de la Península, y saltando el estrecho de Gibraltar, alzan en el norte de Africa la Kutubia de Marraquex y la torre de Hasan en Rabat, que con la Giralda de Sevilla, pregonan la soberana belleza de sus alminares.

Este arte admirable, en el que se despliega una fantasía casi inagotable, necesariamente tenía que reflejarse en el arte español. Cumpliéndose la ley de que el vencido influye siempre en el vencedor, los árabes toman elementos como el arco de herradura, que en España aparece siglos antes de la invasión islámica, para entregarle más tarde matizado de sutilezas moriscas.

Después, cuando la dominación musulmana decae y la exuberante policromía va apagando sus oros ante el empuje de la Reconquista española, cautivos moros que se desarrollaron en un ambiente de cultura más intenso que el nuestro, aplican con celo exquisito su labor de magos a las obras cristianas, donde ambos estilos se aunan, creando un arte nuevo: el mudéjar. Y ya no es la Mez-

quita de Córdoba, ni el Generalife granadino, ni el Alcázar de Sevilla, es el carácter general de nuestros pueblos y ciudades, son nuestras costumbres, nuestras pasiones, saturadas de matices orientales, las huertas levantinas regadas por acequias moriscas, la música, los patios, las rejas, los jardines...

El arte mudéjar nace de la convivencia de dos modalidades artísticas: la cristiana y la árabe. El arte cristiano es la cristalización del sentimiento, es una oración en piedra callada y misteriosa en el románico, esmaltada de luz y de color en el gótico. En cambio el arte árabe es la antítesis del cristiano: el Korán promete a los creyentes un paraíso gemado de palacios y jardines, alegrado por la eterna música del agua y sonrisas de mujer. El ideal cristiano mira al cielo, es algo abstracto: el alma; el ideal árabe tiende su mirada al mundo, un mundo sobrenatural, pero mundo al fin, es algo concreto: el cuerpo. Estos dos elementos, alma cristiana y cuerpo árabe, organizan el arte mudéjar, y si España tiene una manifestación estética nacional, estará representada por la floración mudéjar, que transporta a Guadalupe el patio de abluciones de una mezquita.

El arte mudéjar, que desde el siglo XIII comienza a extender sus galas en España con el llamado románico-mudéjar y que llega a su mayor gloria durante los reinados de Juan II y Enrique IV, continúa en el ciclo admirable de los Reyes Católicos. Los artistas extranjeros alemanes y flamencos que vienen a nuestro suelo, se muestran influenciados por su tenaz personalidad, y así vemos que cuando alborea en España la gracia clásica del Renacimiento, la musa de Juan Guás, gótica, renaciente y arabizada, cincela, entre temas ojivales y nostalgias moriscas, el monumento que perpetúa la unidad nacional.

Es en el monasterio de San Juan de los Reyes donde las aportaciones mudéjares adquieren un rango imperial. Sobre la austera belleza de su estilo, donde las corrientes artísticas centro-europeas se hispanizan al contacto con las normas estéticas españolas, surge el predominio del símbolo como representación característica del momento más feliz de nuestra Historia. En las piedras doradas de San Juan de los Reyes, se encuentra el signo de una cultura, de una política y de un imperio.

El sentimiento español había engarzado en su fantasía la espiritualidad gótica; en curvas flamígeras incendiaba los claustros

monásticos y bordaba en encajes las bóvedas sonoras de nuestras catedrales, cuando de una Europa pobre, a una España rica, vinieron de Borgoña y de Alemania los artistas Egas, Colonia, Guás y Siloe.

Pasaron las fronteras para trasplantar a nuestro suelo un delirio ornamental, que en sus regiones norteñas fundía la arquitectura con la orfebrería y encontraron un arte que, en marcha acorde con el desarrollo estético europeo, había recogido la euritmia árabe, las bóvedas califales y los mocárabes nazaritas, para crear un barroquismo nacional, que lejos de ser una decadencia, es magnífico exponente del ciclo artístico terminal de la Edad Media, saturado de recuerdos mudéjares.

Al asimilar a España la exaltación pasional de los artistas borgoñeses y germánicos, nuestros santuarios y monasterios, retablos y supuleros, se cubren de la más fastuosa ornamentación; es el espíritu del orífice, del tejedor de tapices, del bordador y del repostero que se amalgama con el genio creador del arquitecto; las variedades artesanas se confunden con las Bellas Artes, y es en este momento cuando nace uno de los períodos más significativos del arte español.

Juntándose la estética científica con la artesanía del pueblo, se crea el nuevo estilo; el alma de un Toledo mudejarizado que aún gime cautivo entre celosías de sebca, embruja la de Juan Guás, que debió llamarse Waas, en las tierras de Flandes; los campos de esmeralda aún florecen en tiendas de campaña que serpean en los arcos conopiales, y la heráldica esmalta las batallas.

Con la expansión política que mira hacia Italia, el águila de San Juan emprende su vuelo imperial; el predominio regio que tiene por empresa la unión hace la fuerza, se instaura en España, venciendo con dolor las quinas portuguesas; ansias marineras nos traen el floral exotismo de lejanos países y un cardenal cubre de púrpura su tosco sayal de franciscano. Así brota el destello mudéjar en el estilo Isabel, como revalorización artística española.

Bajo el signo de unidad nacional, traduciendo en piedra el rítmico compás de las caravanas del desierto; con elegías de esplendores cordobeses y esperanza de caireles granadinos que más tarde habrían de irisar la cruz de Mendoza, Juan Guás faceta la masa orfebrada de San Juan de los Reyes.

El pavés de aquella victoria que robusteció el poder real en las

cercanías de Toro, timbra los muros del crucero; las diademadas cifras con las flechas y el yugo de la nueva política, exornan el templo votivo de la reina más grande que tuvo Castilla; la austeridad de España, envuelta en exuberancias mudéjares y europeas, teje la blonda del monasterio.

Un neerlandés que se enamora apasionadamente de Toledo, entregando el corazón a una dama de Torrijos y sus cenizas a la Ciudad Imperial, ofrenda a España la más bella joya de sus ensueños, con el mismo amor que hoy, el nuevo académico, brinda entre aromas de clavel andaluz la magnífica oración de su discurso, al que yo quisiera responder, en mi emocionada bienvenida, con perfume humilde de mies castellana.